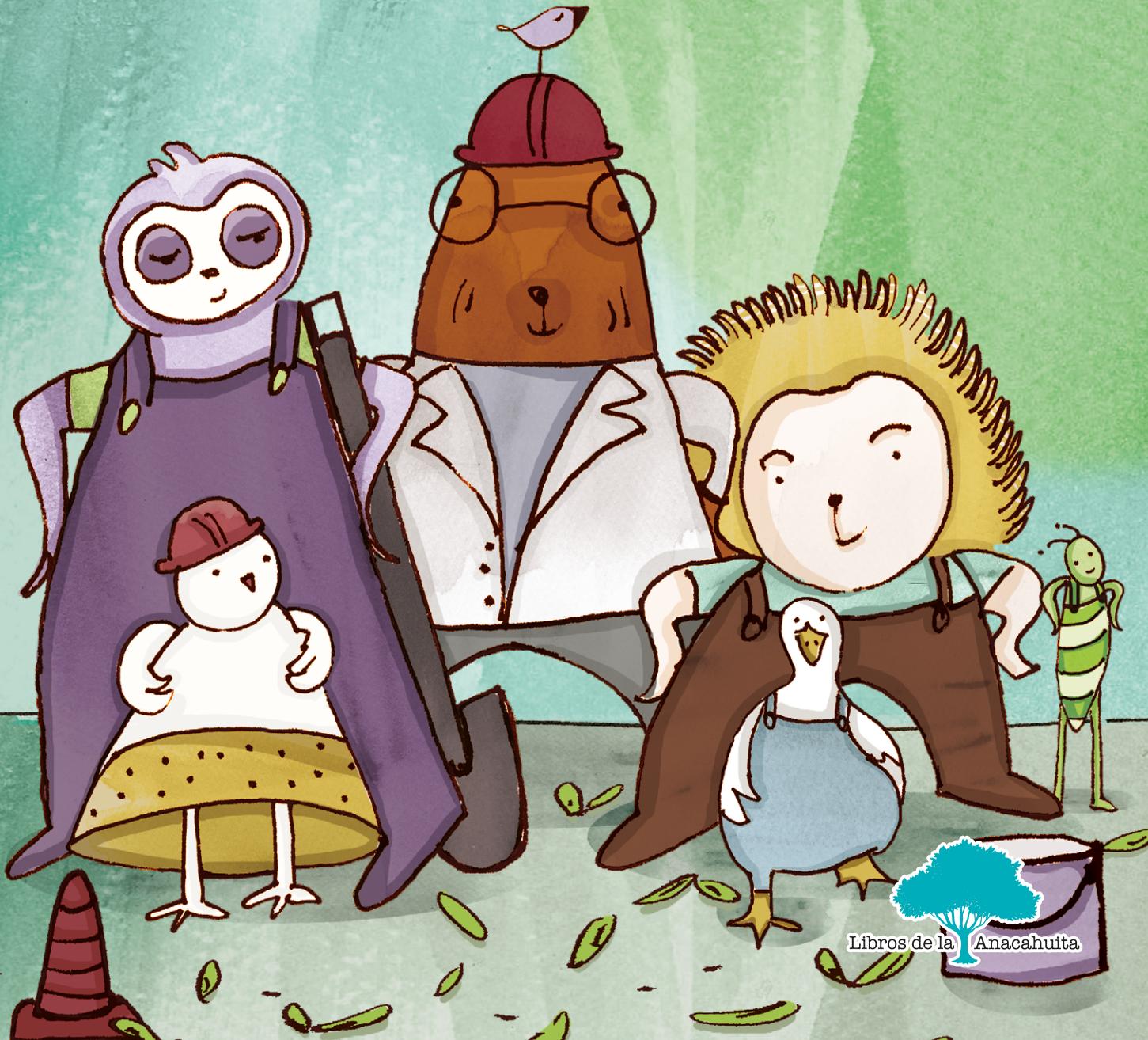


¿A quién le haremos un monumento?

Escrito por Grizel Delgado e Ilustrado por Paulina Barraza







COMISIÓN
ESTATAL
ELECTORAL
NUEVO LEÓN



¿A QUIÉN LE HAREMOS UN MONUMENTO?

Grizel Delgado
Ilustrado por Paulina Barraza



Libros de la Anacahuita

COMISIÓN ESTATAL ELECTORAL NUEVO LEÓN

Consejero Presidente Provisional

Mtro. Luigui Villegas Alarcón

Consejeras y Consejeros Electorales

Lic. Rocío Rosiles Mejía

Mtro. Alfonso Roiz Elizondo

Mtro. Carlos Alberto Piña Loredo

Lic. Martha Magdalena Martínez Garza

Lic. María Guadalupe Téllez Pérez

Secretario Ejecutivo

Lic. Héctor García Marroquín

¿A QUIÉN LE HAREMOS UN MONUMENTO?

© Comisión Estatal Electoral Nuevo León
5 de Mayo 975, oriente, Col. Centro,
C. P. 64000, Monterrey, Nuevo León, México
81 1233 1515 y 800 CEENLMX (2336569)

© Autora: Grizel Delgado

© Ilustradora: Paulina Barraza

ISBN: 978-607-7895-66-4

ISBN versión electrónica: 978-607-7895-65-7

Editado e impreso en México, 2022

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.



I. Rumores

Al principio eran rumores, esos rumores se volvieron chismes, los chismes voces y las voces se transformaron en noticias. En cada rinconcito del bosque se decía que se mandaría hacer un gran monumento y que se pondría en el sendero principal, cerca de la plaza del mercado. Se afirmaba, además, que iba a ser una estatua enorme e imponente (¡quién sabe qué significaría esta segunda palabra!). Nada más y nada menos que tres toneladas de bronce serían empleadas para su construcción.

No, no era una broma. Ya esos murmullos estaban muy avanzados como para pensar que se trataba tan solo de un disparate. De aquí para allá corrían las noticias. ¿Cuánto costaría? ¿Quién la haría? ¿Mandarían a traer a un escultor extranjero? Estas y otras preguntas parecidas rodaban por los caminos del bosque.

Los cacomixtles decían que no sería de bronce, los zanates aseguraban que se trataba más bien de una fuente. Por su parte, los teporingos insistían en que todo eso eran puras boberías y que ellos sabían perfectamente que no se trataba de una estatua.

dos |

Más bien —y afilaban los dientecillos al decirlo—, se trataba de un canal que llevaría agua al centro del bosque.

Por supuesto que todos rebatían este punto, claro está, porque ciertamente lo que menos faltaba en el bosque era agua, sobre todo después de aquella gran catástrofe.





A Carpincho, el doctor del bosque, el debate del supuesto monumento lo tenía hasta las narices. Ya no soportaba escuchar ni una sola palabra sobre estatuas, fuentes o lo que fuera. Y por más que sus pacientes le insistían en especular sobre el tema, él rechazaba dar su opinión. Aguantó cuanto pudo, pero un día, frente a cerca de veinte pacientes en el consultorio, estalló:

—La verdad es que me da lo mismo. Me importa un pepino que hagan un acueducto desde aquí hasta la Argentina —dijo enfadado alargando la «i» de Argentina—. Si lo quieren hacer, lo harán. Aquí ya se ha hablado suficiente del precio, del material y hasta del color. Pero a ninguno se le ha ocurrido pensar a qué papa frita estará dedicado el monumento ese. Y basta. No diré más. Ya déjenme trabajar, por favor.

Todos los que cuchicheaban mientras Carpincho explotaba terminaron por enmudecer. Entre chisme y chisme habían olvidado preguntarse lo más importante. Si fuera una estatua, ¿a quién estaría dedicada? O si fuera una fuente, ¿qué figuras irían allí? Si fuera un acueducto intercontinental del bosque hasta la Patagonia, como lo había vaticinado Carpincho, ¿qué nombre llevaría?

Parecía que a todos los pacientes en el consultorio los ratones les habían comido la lengua. Incluso se escuchó, clarito, el vuelo de una mosca, que se había metido en la fila de espera pensando que nadie la escucharía. A pesar de que todos podrían proponer nombres para la famosa estatua o fuente, nadie dijo nada. No sabían muy bien cómo funcionaba eso de erigir un monumento.

¿A qué animal podrían rendirle homenaje ellos? No había forma de escoger justamente a una sola criatura de todo el bosque, un lugar donde convivían cacomixtles, tlacuaches, liebres, coyotes, patos... Uf, aquellos que lo conocemos nunca acabaríamos de nombrar a todas las especies. Mejor sigamos.





¿Qué podrían hacer? Ya el rumor había corrido por todos los riachuelos y senderos. No era posible detenerse con el plan solo porque... Bueno, porque no tenían forma justa de escoger a una criatura sobresaliente. Pero no se podían echar para atrás. ¿Qué dirían los otros bosques cuando se enteraran? Seguramente allá en los alrededores también habían llegado las noticias del monumental acueducto hasta la Patagonia. Ya no se podían desdecir, no querían pasar a la historia como «el bosque sin monumento». No, no. Eso ni pensarlo, sobre todo porque el lugar en sí era bastante bonito como para echarlo a perder con un nombre tan feo.

Eso iba a horrorizar a cualquiera: «el bosque sin monumento». ¡Qué calosfríos daban solo de pensarlo! Pero no había de otra, sin un personaje célebre para dedicarle un monumento, no habría estatua.

Algunos bosques se pierden por incendios —este no—, otros por tala de árboles, otros más para volverlos campos de maíz o soya. Del que estamos hablando justo ahora, aquel que alberga a Zorrillo, Gallina Cuida Pollos, Naricitas el Perezoso, Lencho el teporingo, Carpincho, Rana Ranera y Oso Mielero, iba a perderse porque se le daría un nombre horrible. Ante tan aciagos acontecimientos ya brotaban las primeras lágrimas, Gallina Cuida Pollos se sonaba la nariz, inconsolable.

—¿Adónde iré con toda mi ovoguardería? —preguntó a la multitud del consultorio.

Alguien dio unas palmadas en el lomo de la gallina, pero no consiguió consolarla. No había nada más que hacer. El bosque estaba definitivamente perdido.

—¡Un momento! —gritó alguien al fondo.

Los animales se abrieron en círculo para escuchar al salvador. Había quizás una chispa de esperanza. En el centro de la sala, el cuerpecito regordete de Puercoespín quedó rodeado por todos.

ocho |

Sí, precisamente el habitante más pesimista del bosque era quien tenía una solución para el problema que aquejaba a todos.

—Ya sé. Lo que necesitamos es hacer una asamblea ciudadana, juntos descubriremos quién es el habitante más honorable del bosque —expuso, decidido.

II. ¡Qué verbena!

Después de que Puercoespín dijera a los habitantes qué hacer para salvar el bosque, todos respiraron aliviados y comenzaron a festejar. Iban a cargarlo en hombros para agradecerle su ayuda, pero se pincharon con las púas y desistieron de la idea. Puercoespín opinó que podían ponerse guantes y así sacarlo triunfalmente en hombros, pero por desgracia ya nadie escuchó esta segunda brillante idea.

La noticia de la asamblea ciudadana se esparció como pólvora por todo el bosque. Así que ese mismo día, sin planear nada, salieron todos los habitantes del bosque a festejar: tendrían su monumento. Los loros que no sabían tocar instrumentos, pero sí imitar sonidos, se pusieron a improvisar junto con un grillo cri-cri. Los monos araña, que eran acróbatas, acompañaban a sus amigos músicos con coreografías espectaculares y se dejaban caer de los árboles más altos del bosque haciendo piruetas. En fin, cada quien salía y aportaba algo que sabía hacer bien, por eso en esa fiesta no faltó ni música, ni de comer o de beber.

Ya hasta muy entrada la noche, cuando el mejor cuentacuentos del bosque, el tecolote, terminó su relato, los animales se fueron a sus respectivos hogares, tarareando canciones y felices de ser habitantes del bosque. «¡Qué suerte haber nacido aquí!», pensaban todos justo al abrir la puerta de sus nidos, madrigueras o casitas.





A la mañana siguiente todos los animales del bosque seguían muy entusiastas y nada en el mundo les quitaba la sonrisa del rostro. Los habitantes que se veían en los caminos se daban los buenos días y continuaban su marcha canturreando. Sin lugar a dudas, la fiesta del día anterior había sido la mejor fiesta del año —y quizás de la década... o incluso del siglo, quién sabe—. Vale, basta decir que fue mejor que la fiesta anual de disfraces.

Cuando cayó la tarde, los animales adultos se reunieron y siguieron con el plan. Así había dicho Puercoespín en ese histórico «juntos lo descubriremos». Así que patas a la obra. Hicieron una convocatoria, definieron el inicio de la asamblea y cuánto durarían las intervenciones de quienes quisieran proponer a algún animal célebre. Puercoespín se haría cargo del acta de la sesión y supervisaría, llegado el momento, la votación. Tenía que ser

rápido para contar los votos y así tener tiempo de hablar del resultado antes de que todos se fueran a dormir, pues sería un día largo. Paralelamente, quienes quisieran participar iban ya preparándose para hablar en público y aclarar su punto de vista.

¡Qué emoción! El domingo los habitantes del bosque salieron muy temprano a la plaza, allí se llevaría a cabo la asamblea y nadie se la quería perder. Hacía mucho tiempo que no se reunía todo el bosque. La última vez fue un 19 de septiembre, un día del que nadie hablaba, porque era como reabrir una vieja y profunda herida que les había dolido mucho.

Los más jóvenes del bosque ni siquiera sabían muy bien qué había pasado en ese día hacía ya 13 años. En sus libros de texto solo venía que Carpincho, el doctor del bosque, había salvado la vida de muchísimos animales y que llegó a trabajar 40 horas seguidas. ¿En qué? No se decía. Solo venía una foto del doctor. La verdad era que ese día turbio nadie quería recordarlo, por eso en los libros del colegio no se explicaba nada, no se quería invocar el pasado.

Hoy, sin duda, se trataba de un día histórico también, pero este día sí que era feliz: se debía encontrar a un habitante notable, de buenas costumbres, que fuera ejemplo para todos los otros. Era un momento importante y todos lo sabían. Por eso, todos hurgaron en su memoria al entrar a la plaza. «¿Quién podría ser esa persona que represente a mi bosque?», se preguntaban. Curiosamente todos terminaron pensando en la foto de Carpincho con el epígrafe debajo: «Trabajó 40 horas sin pausa por los animales del bosque».

Había llegado la hora. La asamblea estaba por comenzar. Quienes quisieran podrían mencionar un nombre explicando por qué lo habían elegido. Cuando no hubiera más nombres, votarían. ¡Qué ansias de saber quién sería el habitante más honorable!

—¡Carpincho! —dijo el primero.

—¡Carpincho! —apresuró una segunda voz— Porque es el doctor del bosque.

—Yo pienso lo mismo. Trabajó por el bosque ¡40 horas seguidas! —gritó un cacomixtle al fondo.

—¡Qué va! Tal vez 26... —farfulló Carpincho, pero nadie lo escuchó porque sin querer todos coreaban ya su nombre.

«¡Carpincho! ¡Carpincho!», repetían en cada intervención. Puercoespín, responsable del acta, y su grupo de organizadores pidieron orden en la plaza, pero tuvieron que esperar un poco a que la multitud se calmara y dejara de interrumpirse.

—Por favor, hay que tomar turnos, ¿vale? —insistió Puercoespín— Veamos, hasta el momento ha habido una propuesta de nombre. ¿Alguien quiere proponer otro?





Silencio. En todos los rostros —menos en uno— se dibujaban grandes sonrisas francas. Todos los habitantes —menos uno— se felicitaban con fuertes abrazos. ¡Qué fácil había sido todo! Ahora solo había que esperar la votación. La multitud no cabía de felicidad. Su héroe de las 40 horas —o 26 como él mismo corregía— sería pronto la primera estatua del bosque. Todos —menos uno— levantaban el puño por la victoria. Todos —menos uno— aplaudían.

—Entonces... si no hay más intervenciones, el nombre ganador es... perdón, quiero decir, el nombre por el que podremos votar es... —y antes de que Puercoespín terminara su anuncio, ese uno protestó.

—No estoy para nada de acuerdo —se escuchó la voz de Carpincho—. No lo estoy. Me opongo rotundamente a ser la estatua del bosque.

¿Cómo? ¿Habían escuchado bien? Sí, era inconfundible el acento argentino del doctor. Todos lo reconocían bien clarito, así como reconocían su tono enfadado. Carpincho se limpió los lentes y comenzó a hablar con solemnidad.

—Che, Puercoespín, el bosque me lo ha dado todo: padre, familia, amigos, profesión, trabajo...

—¡Una hoja entera en los libros de texto! —gritó el teporingo.

Después de una risa colectiva, el doctor continuó hablando.

—Locos, ¿de dónde han sacado que yo soy el habitante más honorable del bosque, cuando ha sido el bosque el que me lo ha dado todo?

Silencio. Sí, había mucha verdad en las palabras de Carpincho. Además, el doctor no era del bosque. Todos sabían que era argentino, había sido capturado por un zoológico y rescatado después por Gran Oso, que lo crio desde pequeñín como hijo propio. ¡Momento! No, eso de que Carpincho no era un animal del bosque es





pura basura, o como decimos en el bosque: una mentira podrida. Seamos sinceros, sí que lo era. Sin chistar él daría la vida por salvar el bosque otra vez si fuera necesario. Daría asilo y ayuda no solo a sus familiares y amigos, sino también a cualquiera que lo necesitara. Y lo más importante, jamás en su vida haría algo que dañara al bosque. Nadie sabía qué decir. Por un lado, estaba claro que él era del bosque. Pero, por el otro, no quería una estatua suya en él.

¿Se quedarían, pues, sin monumento? Ni siquiera escuchar los argumentos de otros habitantes evitó este problema. El elegido era el erróneo, parecía.

—Doctor, si votamos ahora, usted no votaría por usted mismo, ¿no es así? —preguntó el puercoespín.

—Exactamente, votaría por mi hermano el oso mielero —afirmó Carpincho y se hizo el silencio otra vez—. Él tiene una gran trayectoria. No solo es el pescador de truchas más diestro del bosque, ha ganado medallas por kilo en su vida, sino también es profesor de natación y de deportes en la escuela. Capacita, además, a los osos-rana para dar primeros auxilios y evitar que se ahoguen crías y adultos en los estanques y ríos del bosque.

Todos los ojos comenzaron a buscarlo, ¿dónde era que estaba el oso? Pero él se escondía detrás de una revista, pensaba que su trabajo era necesario y que él siempre se esforzaba, pero tampoco era como para que le hicieran una estatua. No, otros animales merecían ese mérito. Alguien descubrió de repente al oso y este tuvo que hablar.

—Gracias, pero no. Otros merecen esa gran distinción. Yo no. Miren, queridos vecinos, pensemos en los castores. Recordemos que varias veces han salvado al bosque de inundaciones. O bien, los venados. Ellos mantienen nuestras fronteras seguras contra posibles enemigos. O las aves, quienes revisan continuamente los

árboles para que no se nos llenen de plagas. No creo que su trabajo sea menos importante que el mío.

El bosque afirmó con la cabeza. Todos hacían memoria y sí. ¿A quién no lo había salvado un oso-rana o lo había ayudado un castor? ¿Quién no se había aprovechado de la sabiduría de las aves? Sin duda, todos ellos merecerían una estatua, así como Carpincho y el oso. Nuevamente comenzaron a susurrar. ¿Tendrían entonces que erigir cerca de noventa y nueve estatuas? La cosa se había puesto peor.

V. El Gran Incendio

Puercoespín sabiamente negó con la cabeza y pidió la palabra. Era la primera vez que todos lo miraban sin pensar en su ya conocido pesimismo. Estaban seguros de que él tenía una buena propuesta.

—Queridos animales del bosque, creo saber qué pasó aquí, creo intuir por qué hemos nombrado tantas veces a Carpincho. Hoy, si no me equivoco, hemos recordado el Gran Incendio, ¿a poco no?

Apenas lo dijo, se escuchó un suspiro general. Finalmente, y después de tantos años, alguien nombraba esa catástrofe en voz alta. Todos bajaron la mirada. Estaban llenos de miedo. ¿Por qué era tan cruel Puercoespín? Con seguridad le había regresado el pesimismo. Pero él no se quedó callado. Continuó:

—Sí, amigos. Hoy recordé el Gran Incendio. No por lo que pasó, sino por lo que todos hicimos después. Por supuesto que pensé en mi buen amigo Carpincho y sus 40 horas de ayuda como doctor.

—¡26! —corrigió un tlacuache.





—Las que sean. Hoy recordé ese día. Creo que a todos nos pasó: recordamos. Todos los que sufrimos ese día, ese incendio que nos quitó todo. Por supuesto que no queremos pasar por lo mismo nunca más. Perdimos amigos, abrigo, trabajo. Pero ese día cambiamos como bosque porque todos participamos en él para sacarlo adelante. Sí, no solo Carpincho. Los unos limpiando los caminos, los otros trayendo agua, albergando a los animales que quedaron sin guarida o madriguera. ¿No lo creen así? De eso, amigos, ya han pasado 13 años. Y tal vez no todas nuestras crías conozcan lo que sucedió ese día, ni guarden en su corazón aquella fecha como nosotros. Pocos saben qué pasó, no se lo contamos porque quizás no queríamos asustarlos con todo lo que nos robó el fuego de golpe.

Mientras Puercoespín hablaba, cada uno de los animales recordaba cómo habían cambiado después del incendio. Los vecinos enemistados hicieron las paces. El que no se sentía capaz de abrir un negocio tuvo la fuerza de confiar en sus habilidades y lanzarse a la aventura porque no tenía nada que perder. Incluso, los habitantes, conscientes de que podían hacer mucho juntos, discutieron la posibilidad de construir una nueva y mejor escuela y gracias a su convicción llevaron a cabo su proyecto. Ahora la escuela del bosque era una de las más renombradas escuelas de todos los bosques.

—Seguramente los animales adultos del bosque recordamos aquella catástrofe cada año en secreto —confesó el oso, quien cada vez que daba un curso de primeros auxilios pensaba en esa fecha.

La mayoría sonrió porque era verdad, ese día marcaba un antes y un después.

—Propongo que hagamos un monumento para los habitantes del bosque —dijo Puercoespín—. Para que recordemos ese día

en el que todos vencimos, ese día en el que ni los otros bosques pensaban que nos levantaríamos.

—Pero creímos en nosotros —se atrevió a decir Lencho el teporingo—, nos tendimos la mano.

—Sí, debemos hacer un monumento para que nuestras crías y nuestros nietos sepan de qué están hechos —agregó Zorrillo.

Y así fue. Cuando llevaron a cabo la votación, todos —incluido Carpincho— estuvieron de acuerdo con la propuesta de Puercoespín. Como ya nadie le tenía miedo a esa fecha, solo respeto, eso sí, el monumento fue inaugurado el mismo día que ocurrió el Gran Incendio. Los habitantes lo construyeron juntos, hicieron una fila y cada uno pasó a dejar su huella —pata, garra, anca o aleta— en una mole de tres toneladas de hormigón fresco. Menos la gansa, que se tropezó y en lugar de pata, dejó de recuerdo su pico.

Desde aquel día, se celebra esa fecha anualmente con una gran fiesta al aire libre, ya que es el día nacional en honor de los habitantes del bosque.





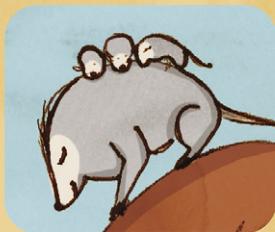
✿ ¿En qué página aparecen estos personajes que forman parte de la fauna de México?

CACOMIXTLE



Sale de noche a alimentarse, es trepador de árboles y se comunica con un ladrido parecido al de un perro.

TLACUACHE



Es el único marsupial mexicano y un pariente cercano de los canguros. Cuida a sus crías en una bolsa pegada a su cuerpo.

TEPORINGO



Es una de las especies de conejo más pequeñas, vive en las faldas de los volcanes de México central.

Hagamos un monumento

Las y los habitantes del bosque quedaron muy contentos con su monumento, pero ¿cómo te lo imaginas?, ¿crees que sea grande o pequeño?, ¿será de muchos colores o quizá solo de algunos pocos?, ¿estará hecho de un material rasposo o de uno muy liso?

Te invitamos a realizar un dibujo o una figura del monumento con el material que más te guste (plastilina, barro, objetos reciclados, u otros). Aquí te proponemos una forma que nos contó Carpincho: con *papel maché*. Pide ayuda a una persona adulta.

Para esta actividad necesitarás:

- ✿ Papel periódico cortado en tiras o trozos y algunas hojas extras para darle forma a tu monumento.
- ✿ Una caja de cartón pequeña, puede ser la caja una pasta de dientes, de gelatina o cualquiera que tengas en casa.
- ✿ Una revista y papel de colores, plumas u objetos pequeños que te gusten.
- ✿ Acuarelas o plumones de colores
- ✿ Pincel y tijeras

Para hacer el pegamento necesitarás:

- ✿ Agua
- ✿ Harina
- ✿ Sal



Comienza haciendo el pegamento:

| veinticinco

En un cuenco pon media taza de harina y una taza de agua. Agrega media cucharada de sal y mezcla todo muy bien con una cuchara o tenedor. Sabrás que el pegamento está listo cuando no queden bolitas de harina en la mezcla. Este tipo de pegamento se llama engrudo.

Para hacer tu monumento:

1. La caja será la base de tu monumento. Toma bolitas de periódico y pégalas con engrudo a la caja para obtener la forma que quieras darle.
2. Cuando tu figura haya secado, toma las tiras de papel y sumérgelas en el engrudo, luego ponlas una a una sobre tu figura hasta cubrirla por completo. Espera 10 minutos y pon otra capa de tiras de papel. Repite esto tres veces. Deja que seque por al menos seis horas.
3. Cuando tu monumento esté bien seco, usa las acuarelas, las pinturas y los otros materiales para decorarlo. Puedes usar plumas, lentejuelas, hojas o confeti para pegarlas y hacerlo más divertido.



¿A QUIÉN LE HAREMOS UN MONUMENTO?



Libros de la Anacahuita

COMISIÓN ESTATAL ELECTORAL NUEVO LEÓN

Este libro se imprimió y encuadernó en papel couché mate de 135 gramos para sus interiores y cartulina SBS de 14 puntos para la portada, en los talleres de Desarrollo Litográfico S. A. de C. V., durante el mes de abril de 2022. La tirada constó de 1000 ejemplares.

En su formación se utilizó la fuente Gandhi Serif en 12 puntos para el cuerpo del texto.



Cuidado de la edición

Cuauhtémoc Iglesias Ontiveros
Director de Capacitación Electoral

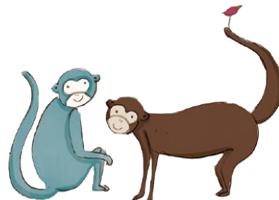
Mateo de Jesús Flores Flores
Jefe del Departamento Editorial

Alan Márquez Rodríguez
Analista Editorial

César Eduardo Alejandro Uribe
Corrector

Elena L. Herrera Martínez
Diseñadora Editorial

Bruno Julio Santillán Rodríguez
Asistente de Corrección







COMISIÓN
ESTATAL
ELECTORAL
NUEVO LEÓN

CEE



Libros de la Anacahuita

Al principio eran rumores, esos rumores se volvieron chismes, los chismes voces y las voces se transformaron en noticias. En cada rinconcito del bosque se decía que se mandaría hacer un gran monumento y que se pondría en el sendero principal. ¿Cuánto costaría? ¿Quién lo haría? ¿Mandarían a traer a un escultor extranjero? Estas y otras preguntas parecidas rodaban por los caminos del bosque.

ISBN: 978-607-7895-66-4



5 de Mayo 975 Ote.,
Centro, Monterrey N. L., México
(81) 1233 1515 y 800 CEENLMX (2336569)
www.ceenl.mx

 /ceenl.mx

CIUDA
DANÍA 